

C. I. A. P.

Precio: 2,50 ptas.



DOSTOIEWSKI

LAS NOCHES BLANCAS
ILUCHA

Compañía Ibero-Americana de Publicaciones
LIBRERIA FERNANDO FE
Puerta del Sol, 15. - MADRID

C.ª IBERO-AMERICANA DE PUBLICACIONES

BIBLIOTECAS POPULARES
CERVANTES

Las cien mejores obras de la Literatura española.

TOMOS PUBLICADOS

(Sigue en la página 4)

LAS CIEN MEJORES OBRAS DE LA LITERATURA UNIVERSAL.-VOL. 20

DOSTOIEWSKI

LAS NOCHES BLANCAS
ILUCHA

C.ª IBERO-AMERICANA DE PUBLICACIONES, S. A.
LIBRERIA FERNANDO FE
Puerta del Sol, 15.—Madrid.
1929

48. *Verdaguer.*—Antología lírica.
49. *Hartzenbusch.*—Los amantes de Teruel.
50. *M. de la Rosa.*—La conjuración de Venecia.
51. *J. de Timoneda.*—El patrañuelo.
52-53. *Melo.*—Guerra de Cataluña.
54. *G. de Castro.*—Las mocedades del Cid.
55. *Calderón.*—Autos sacramentales: El gran teatro del mundo La vida es sueño.
56. *Ruiz de Alarcón.*—La verdad sospechosa.
57. *Gil Polo.*—La Diana enamorada.
58-59. *D. Juan Manuel.*—El Conde Lucanor.
60. *Rojas Zorrilla.*—Entre bobos anda el juego.
61. *Cervantes.*—Viaje del Parnaso.
62-63. *Hurtado de Mendoza.*—Guerra de Granada.

Las cien mejores obras de la Literatura universal.

TOMOS PUBLICADOS

1. *Perrault.*—Cuentos de viejas.
2. *Aristóteles.*—La Política.
3. *Chateaubriand.*—Novelas.
4. *Leopardi.*—Poesías.
5. Los poetas griegos.
6. *Washington Irving.*—Apuntes literarios.
7. *Edgard A. Poe.*—Obras escogidas.
8. Antología de la Lírica portuguesa.
9-10. *Julio César.*—Los comentarios de la guerra de Francia.
11. 12. 13. *Jonathan Swift.*—Viajes de Gulliver.
14. *Shakespeare.*—Macbeth.
15-16. *San Agustín.*—Confesiones.
17. *Luciano.*—Diálogos.
18. *Bandello.*—Novelas.
19. *Wagner.*—Lohengrin. El buque fantasma.
20. *Dostoiewski.*—Las noches blancas. Ilucha
21. *Esquilo.*—La Orestiada.

Blass, S. A.-Madrid.

LAS NOCHES BLANCAS [1]

¿Et n'était-ce passa part de bonheur,
—Vivre seulement un instant
dans l'intimité de ton cœur

IV. TOURGUENEFF.

[1] Llámanse *Noches Blancas,* en San Petersburgo, a aquella época del estío en que el sol se pone sobre las nueve de la noche y sale alrededor de la una de la madrugada.

PRIMERA NOCHE

La noche era maravillosa, una de esas noches como sólo conoce nuestra juventud, querido lector. Un firmamento tan estrellado, tan tranquilo, que mirándolo se preguntaba uno involuntariamente: ¿Podrán existir seres malos bajo un cielo tan hermoso? Y este pensamiento es también un pensamiento de juventud, querido lector; de la más ingenua juventud. ¡El corazón puede conservarse joven mucho tiempo!

Al pensar en los "malos", pensaba, no sin placer, en el modo en que había empleado el día que acababa de terminar. Desde por la mañana había sido presa de un extraño pesar; me parecía que todo el mundo me huía, me abandonaba, que me dejaban solo. En verdad, había derecho a preguntarme: ¿Quién es ese "todo el mundo"? Porque desde hace sólo ocho años que vivo en Peters-

burgo no he conseguido tener un solo amigo. ¿Pero qué es un amigo? Mi amigo es Petersburgo entero. Y si me parecía que esta mañana todo el mundo me abandonaba, es porque Petersburgo entero se había marchado al campo. Me espantaba ante la idea de que iba a estar solo. Desde hacía ya tres días este temor germinaba en mí sin que pueda explicármelo, y desde hacía tres días erraba a través de la ciudad, profundamente triste, sin comprender nada de lo que pasaba en mí. En Nevsky, en el jardín, en los muelles, ni un solo rostro conocido. Sin duda, ni uno solo me conoce entre esos *rostros conocidos*; pero yo los conozco a todos y muy particularmente; he estudiado esas fisonomías, sé leer sus goces y sus tristezas, y las comparto. He trabado estrecha amistad —o poco menos, porque nunca hemos hablado— con un viejecito a quien encuentro casi todos los días en la Fontanka. Un venerable viejecito, siempre ocupado en discutir con él mismo, la mano izquierda siempre agitada y, en la derecha, un largo bastón con puño de oro. Si cualquier accidente me impedía estar a la hora habitual en la Fontanka, sentía remordimiento y me decía en mi interior: "Mi viejecito estará disgustado".

Por eso siempre estábamos vivamente tentados a saludarnos, sobre todo cuando los dos nos encontrábamos en buenas disposiciones. No hace mucho —habíamos pasado dos días sin vernos— los dos hicimos simultáneamente el mismo gesto para quitarnos el sombrero. Pero nos acordamos a tiempo que no nos conocíamos, y solamente cambiamos una mirada de simpatía.

También estoy en buena armonía con las casas. Cuando paso cerca de ellas, cada una viene a mi encuentro; me mira con todas sus ventanas y me dice: "¡Buenos días! ¿Cómo estás? Yo, bien, gracias a Dios. En el mes de mayo me añadirán un piso". O bien: "¿Cómo va la salud? Mañana van a repararme". O bien: "¡He estado a punto de quemarme! ¡Dios mío, qué miedo tuve!", etc. Pero no las quiero a todas lo mismo; tengo mis preferencias. Entre mis grandes amigas, sé de una que piensa hacerse curar este verano por el arquitecto; vendré expresamente todos los días a su calle para ver si no la cuidan bastante; ¡porque esos médicos!. . . ¡Dios la conserve!

Pero no olvidaré nunca mi aventura con una linda casita color rosa pálido, una casita de piedra que me miraba con tanto cariño y que sentía por sus vecinas, mez-

quinas y mal construídas, tan evidente desprecio, que me sentía invadido de alegría cada vez que pasaba frente a ella. Cierto día, mi pobre amiga me dijo con indecible tristeza: "¡Van a pintarme de amarillo! ¡bandidos! ¡bárbaros! No me perdonarán nada, ni las columnas, ni las balaustradas. . ." Y, en efecto, mi amiga se puso amarilla como un limón. ¡Hubiérase dicho que la bilis se esparcía por su cuerpo! ¡Ya no tuve valor para volver a ver a mi linda y desgraciada amiga, pintada con los colores del Celeste Imperio!. . .

Ahora comprenderás, lector, cómo conozco todo Petersburgo.

Ya te he dicho los tres días de inquietud que pasé buscando las causas del singular estado de ánimo en que me encontraba. No me sentía bien en ninguna parte, ni en la calle ni en mi casa. ¿Qué es lo que me falta?—pensaba—, ¿por qué estoy tan apenado? Y por primera vez me asombré al fijarme en la fealdad de mis paredes ahumadas y del techo en donde Matrena cultivaba las telarañas con verdadero éxito. Examiné mi mobiliario, mueble por mueble, preguntándome delante de cada uno: ¿No es cierto que es la desgracia? (Porque, en tiempo normal, bastaba con que una silla

no estuviese colocada igual que la víspera para que me pusiera fuera de mí). Después miré por la ventana. . . Nada, ninguna nueva causa de molestia. Llamé a Matrena y la reproché paternalmente por su suciedad en general y sobre todo por las telarañas; pero me miró estupefacta, y fué todo lo que obtuve de ella; salió de la estancia sin responderme una sola palabra. Y las telarañas no desaparecieron jamás.

Solamente esta mañana he comprendido de lo que se trataba. ¡Eh! ¡eh! ¡pero. . . todo el mundo se ha largado al campo!. . . (Perdonadme esta palabra vulgar; no estoy en disposición de escribir con estilo). Si, todo Petersburgo está en el campo. . . y también cada caballero honorable, quiero decir de aspecto como es debido, que pasaba en coche de punto, se transformaba *a mis* ojos en un estimable padre de familia, el cual, después de sus ocupaciones habituales, se iba cómodamente a su casa de campo. Todos los transeuntes, desde hacía tres días, habían cambiado de modo de andar y todo en ellos decía claramente: No estamos aquí, nada más que de paso, y dentro de dos horas nos habremos ido.

Si se abría en mi calle una ventana, en cuyos cristales hubiesen tamborileado an-

tes unos deditos blancos como el azúcar, de donde después saliera una cara bonita de muchacha que llamara al vendedor de flores, no se me figuraba que la joven pretendiese hacerse, con sus flores, una primavera íntima en su casa sofocante de San Petersburgo; aquello significaba, por el contrario: "¡Estas flores! ¡ah! ¡pronto las llevaré a los campos!"

Aún más —porque he progresado en mi nuevo descubrimiento—, ya sé, sólo por el aspecto exterior, discernir en qué ciudad vive tal persona. Los habitantes de Kansenni, de las islas Aptekarsky o del camino de Petergov, se distinguen por maneras afectadas, por sus elegantes trajes de verano y hermosos carruajes. Los habitantes de Pargolovo y de más lejos tienen un carácter particular de prudencia y discreción. Los de las islas Krestovsky tienen una imperturbable alegría.

Encuéntrase una procesión de carreteros que marchan perezosamente, las riendas en las dos manos al lado de sus carros cargados de montañas de muebles, mesas, sillas, camas turcas, utensilios caseros, todo terminado a menudo por una cocinera que, sentada en la cúspide, guarda los bienes de sus amos; vense deslizarse por el Neva bar-

cos también cargados de muebles; carros y barcos se multiplicaban a mis ojos; parecíame que toda la ciudad se marchaba, que todo se mudaba en caravanas, que la ciudad iba a quedar desierta. Me sentía triste y ofendido. ¡Porque yo no podía ir al campo! Estaba, sin embargo, dispuesto a irme en cualquier carro, o con cualquier *señor* un poco rico que alquilase un coche. Pero ni uno, ni uno solo me invitaba. ¡Diríase que todos me olvidaban, como si yo fuese para ellos un extraño!

Había andado mucho tiempo, de suerte que concluí por no saber en dónde estaba cuando divisé las fortificaciones. Inmediatamente me sentí alegre. Me interné a través de los campos y las praderas; no experimentaba fatiga alguna. Incluso me parecía que se me quitaba un peso del alma. La gente que iba en carroza me miraba con tanta simpatía, que a poco más me habrían saludado. Todos estaban contentos, no sé por qué; todos fumaban buenos cigarros. Yo, era feliz. Me creía transportado de repente a Italia, tanto me asombraba la naturaleza, pobre ciudadano medio enfermo, medio muerto por la atmósfera envenenada de la ciudad.

Hay algo inefablemente conmovedor en

nuestra campiña petersburguesa, cuando, en primavera, despliega de pronto toda su fuerza, se abre, se adorna, se enguirnalda de flores. Me hace pensar en esas muchachas lánguidas, anémicas, que sólo excitan piedad, cuando no la indiferencia, y que de repente, de la noche a la mañana, se vuelven maravillosamente bellas. Os quedáis estupefactos ante ellas, preguntándoos qué poder ha puesto ese fuego inesperado en esos ojos tristes y pensativos; quién ha coloreado de una sangre rosa esas mejillas, antes pálidas; quién ha esparcido esa pasión sobre sus rasgos que no tenían expresión; por qué palpitan tan profundamente esos jóvenes senos. ¡Dios mío! ¿quién ha podido dar a la pobre muchacha esa fuerza, esa repentina plenitud de vida, esa hermosura? ¿Quién ha lanzado ese relámpago en esa sonrisa? ¿Quién ha hecho brillar esa alegría? Miráis en torno vuestro, buscáis a alguien, adivináis. . . Pero las horas pasan, y quizá mañana encontraréis la mirada triste y pensativa de antes, el mismo rostro pálido, los mismos modales tímidos, oscurecidos: es el sello del disgusto, del arrepentimiento, es también el pesar de la expansión efímera. . . y deploráis que la belleza se haya marchitado tan pronto.

¡Qué! ¡ni siquiera habéis tenido tiempo de amarla!

No regresé a la ciudad hasta muy tarde; sonaban las diez. El camino que costea el canal es un lugar desierto a esa hora. . . Yo vivo en uno de los arrabales más apartados.

Caminaba cantando. Cuando me siento feliz, canturreo siempre. Creo que es la costumbre de los hombres que, no teniendo amigos ni camaradas, no saben con quién compartir un momento de alegría.

Pero esa noche me reservaba una aventura.

A cierta distancia, acodada en el parapeto del canal, vi a una mujer. Parecía examinar atentamente el agua turbia. Llevaba un sombrero encantador de flores amarillas y un coquetón chal negro.

"Es una muchacha, y seguramente morena", pensé.

Parecía no oir mis pisadas, y no se movió cuando pasé junto a ella, conteniendo el aliento y latiéndome con fuerza el corazón.

"Es raro —pensé—, debe estar muy preocupada".

Y de repente me paré; me pareció oir sollozos ahogados.

No me equivoqué; la joven estaba llorando.

Un instante de silencio y después otro sollozo. ¡Dios mío! se me oprimió el corazón. Generalmente, soy muy tímido con las mujeres, ¡pero en un momento así!. . . Volví sobre mis pasos, me acerqué a ella, y seguramente habría pronunciado la palabra: "Señora" si no me hubiera acordado a tiempo que esa palabra la utilizan, por lo menos en mil circunstancias análogas, todos nuestros novelistas mundanos. Nada más que eso me detuvo y buscaba una palabra más rara, cuando la muchacha, al verme, se irguió y echo a correr delante de mí por la orilla del canal. En el acto me puse a seguirla. Pero advirtiéndolo ella, salió del muelle, atravesó la calle y tomó la acera. No me atreví a atravesar la calle a mi vez; el corazón me saltaba dentro del pecho como un pájaro enjaulado. Felizmente, la casualidad vino en mi ayuda.

En la acera por donde iba la desconocida, y muy cerca de ella, surgió un señor vestido de frac, de edad "seria"; no hubiera podido decirse, por ejemplo, que sus pasos fuesen también serios. Contoneábase rozando prudentemente las paredes. La joven iba derecha como una flecha, con

paso a la vez precipitado y temeroso, como hacen todas las jóvenes que quieren evitar el ofrecimiento de que las acompañen; y con su marcha insegura, el señor, cuya sombra se contoneaba en las paredes, no hubiera podido ponerse a su lado si bruscamente no se hubiera puesto a correr. Ella iba como el viento; pero su perseguidor ganaba terreno; ya estaba muy cerca de ella, dió un grito, y. . . Di las gracias al destino por el excelente bastón que llevaba en mi mano derecha. En un instante estuve al otro lado; el señor tomó en consideración el argumento irrefutable que le propuse, no desplegó los labios, retrocedió y, únicamente cuando lo tuvimos a distancia, se puso a protestar en términos bastante enérgicos; pero sus palabras se perdieron en el aire.

—Tome mi brazo— dije a la desconocida. Pasó silenciosamente bajo mi brazo su mano aún temblorosa de espanto. ¡Oh! ¡Cómo bendije al señor inesperado.

Eché una rápida mirada sobre ella. Era morena, como lo había imaginado, y muy bonita. Sus ojos estaban aún mojados de lágrimas; pero sus labios sonreían. Me miró furtivamente, enrojeció un poco y bajó la vista.

—¡Vea usted! ¿Por qué me rechazó? Si yo

hubiera estado allí no habría sucedido nada.

—Yo no le conocía a usted; también creí que. . .

—¿Me conoce usted más ahora?

—Un poco. Está usted temblando; ¿cree usted que no sé por qué?

—¡Oh, ha adivinado usted de primera intención! —grité lleno de júbilo, al comprender que la muchacha era inteligente, porque la belleza y la inteligencia van muy bien juntas.

—Sí, ha adivinado usted quién soy yo. Es cierto, soy tímido con las mujeres. Ahora mismo estoy más emocionado de lo que estaba usted, cuando la asustó ese señor. Me parece un sueño. . . No, es más que un sueño; porque nunca, ni en sueños llego a hablar a una mujer.

—¿Qué dice usted? ¿es verdad?

—Sí. Si mi brazo tiembla es porque aún no se había apoyado en él una mano tan bonita. No estoy acostumbrado a las mujeres. . . Siempre he vivido solo. No sé hablarlas. A lo mejor le estoy diciendo a usted una tontería; hable francamente, no soy susceptible. . .

—No ha dicho usted ninguna tontería, al contrario, y ya que quiere que le hable francamente, le diré que semejante timidez agrada a las mujeres, y si quiere usted saberlo todo, le diré que me agrada particularmente. De modo que le permito que me acompañe hasta mi puerta.

—Pero— dije sofocado de alegría— cuando haya dejado de ser tímido usted me lo dirá, y entonces, adiós mis ventajas. . .

—¡Ventajas! ¿Qué ventajas? ¿Para qué? Eso no me gusta.

—Perdón. . . ¿Pero cómo quiere usted que yo no desee?. . .

—Gustar, ¿no es verdad?

—¡Pues bien!, sí. ¡Sí, sea usted buena, por Dios! Escuche. Tengo veintiséis años, y aún nadie me ha querido. ¿Cómo podré hablar hábilmente de ese asunto? Sin embargo, es preciso que hable; deseo decírselo todo. . . Mi corazón grita, no puedo callarme. . . Pero, ¿lo creerá usted?. . . ¡ni una sola mujer, nunca, nunca . . . ni tampoco un amigo! ¡y todos los días sueño con que al fin voy a encontrar a alguien, sueño, sueño. . . y si usted supiese cuántas veces he estado enamorado de ese modo!

—¿Cómo? ¿De quién?

—De nadie, idealmente. Son figuras de mujer vistas en sueños. Mis sueños son novelas enteras. ¡Oh!, usted no me conoce. . . ¡Es cierto —no podía ser de otro modo—

que he encontrado dos o tres mujeres, pero qué mujeres! ¡Ah, la eterna prosa!. . . Pero se reiría usted si la contase que varias veces he puesto en práctica el sueño de que hablaba, en la calle, con una señora del gran mundo. Sí, en la calle, sencillamente: la señora estaba sola y yo le hablaba respetuosamente, tímidamente, apasionadamente. Le decía que me pierdo en la soledad, que no se me debe rechazar, que ninguna mujer me quiere, que el deber de la mujer es no desoir el ruego de un desgraciado que lo más que le pide son dos palabras de hermana, dos palabras compasivas que ella debe, pues, escucharme; que puede reirse de mí si le place, pero que es necesario que me escuche, que es necesario que me devuelva la esperanza que he perdido. . . ¡Dos palabras, solamente dos palabras, y después no volverla a ver jamás!. . . Pero usted se ríe. . . Verdad es que lo que le digo es, en efecto, digno de risa.

—No se enfade. Lo que me hace reir es que es usted su propio enemigo. Si usted probase, lo conseguiría, aunque la escena pasara en la calle. Ninguna mujer de corazón, a no ser que fuera tonta, o que en ese momento estuviera de mal humor, se atrevería a negar las dos palabras que usted implora. Sin embargo, ¿quién sabe? Quizá le tomasen por loco. He juzgado por mí, porque sé muy bien como viven las gentes en la tierra. . .

—¡Oh!, mil gracias— grité—. No puede usted comprender el bien que acaba de hacerme.

—Bueno, bueno. . . Pero dígame, ¿en qué ha visto usted que yo soy una mujer con la cual. . . bueno, una mujer digna. . . digna. . . de atención y amistad? En una palabra, no. . . eterna prosa, como dice usted. ¿Por qué se decidió usted a acercarse a mí?

—¿Por qué? Pues. . . porque estaba usted sola; aquel señor tan audaz. . . la oscuridad; convenga en que era el deber. . .

—Eso no, ya antes, cuando pasó usted por el canal, quiso abordarme. . .

—¿En el canal?. . . Realmente, no sé cómo responderle, temo. . . ¿Sabe usted? Hoy me sentía muy feliz. La marcha, las canciones que recordaba, la campiña. . . nunca me he sentido tan bien. Y. . . me pareció. . . perdóneme que se lo recuerde, creí oir llorar, y. . . no pude soportarlo, se me contrajo el corazón. ¡Oh, Dios mío! ¿fuí culpable por sentir por usted una piedad fraternal?. . . ¿Podía ofenderla acercándome a usted a pesar mío?

—Cállese. . .— dijo la joven bajando los ojos y estrechándome la mano. He hecho mal en hablar de eso; pero estoy contenta por no haberme equivocado respecto a usted. . . Bueno, ya he llegado a mi casa. Después de atravesar esta callejuela, está a dos pasos. Adiós. Gracias.

—¿Entonces, no nos veremos más? ¿Se acabó?

—¡Vaya! —dijo riendo la muchacha—, al principio no quería usted más que dos palabras, y ahora. . . En fin, quizá nos volvamos a ver. . .

—Mañana vendré aquí. . . ¡Oh!, perdón ya soy exigente.

—Sí, no tiene usted paciencia, ordena casi. . .

—Escúcheme— interrumpí—, no podré dejar de venir aquí mañana. Soy un soñador; tengo tan poco de vida real, tengo tan pocos momentos como éste. que no puedo revivirlos en mis sueños. Soñaré con usted toda la noche, toda la semana, todo el año. Vendré aquí mañana, absolutamente, precisamente mañana a la misma hora, y seré feliz acordándome de la víspera. Este lugar me es ya querido. Tengo dos o tres parajes iguales en Petersburgo. En uno de ellos, he llorado. . . por un recuerdo. ¿Quién

sabe?, hace diez minutos también lloraba usted, quizá por algún recuerdo. ¿No había sido usted feliz en otro tiempo aquí?

—Tal vez venga mañana a las diez; veo que ya no puedo prohibírselo. . . Pero no crea que esto es darle una cita; supongo que tendré que pasar por aquí por mis asuntos; pero. . . bueno, francamente, no me molestará que pase usted también. En primer lugar, puedo estar disgustada como hoy; pero dejemos esto. . . En una palabra, querría verlo sencillamente. . .; para decirle dos palabras. No vaya a juzgarme mal por esto. No crea que doy citas tan fácilmente; no le habría dicho esto si. . .; pero que esto quede en secreto es la condición.

—¡Una convención, diga pronto que es una convención— grité dispuesto a todo; respondo por mí; seré obediente, respetuoso. . . usted me conoce.

—Porque le conozco es por lo que le invito para mañana; pero tenga cuidado con esta otra condición, completamente capital (voy a hablarle con franqueza): no se enamore de mí; no puede ser, se lo aseguro; amistad, con mucho gusto, ahí va mi mano, pero amor, no, se lo ruego.

—Le juro. . .

—No jure; es usted inflamable como la

pólvora. . . No me guarde rencor por haberle dicho eso; si usted supiera. . . yo tampoco tengo a quien hacer una confidencia, pedir un consejo; usted es una excepción, le conozco como si fuéramos amigos hace veinte años. . . ¿No es verdad que no me traicionará usted?

—¡Ya lo verá! ¿Pero cómo vivir de aquí a mañana?

—Duerma bien, y recuerde que ya tengo confianza en usted. ¿No debe darme cuenta de todos esos sentimientos, incluso el de una simpatía fraternal? Usted me lo ha dicho y lo ha dicho tan bien, que he pensado en confiarme a usted y decirle. . .

—¡Qué, Dios mío!, ¿decirme qué?

—¡Hasta mañana! ¡Que esto quede en secreto hasta mañana! ¡Valdrá más para usted! ¡Se parecerá más a una novela! ¡Tal vez mañana. . . se lo diré todo, y tal vez no le diré nada! Primero quiero hablar con usted, conocerle mejor.

—¡Mañana— declaré decidido— le contaré toda mi historia! ¿Pero cómo? Algo maravilloso pasa por mí ¿En donde estoy, pués? ¡Dios mío! ¿No está usted contenta ahora, por no haberse enojado hace un rato y por no haberme rechazado desde la primera palabra? ¡En dos minutos me ha

hecho usted feliz para toda mi vida, sí, feliz! ¡Me ha reconciliado usted conmigo mismo! ¡quizá ha iluminado usted todas mis dudas! Si volviera a tener instantes parecidos. . . Bueno, mañana se lo diré todo, lo sabrá usted todo, todo. . .

—Entonces, ¿será usted el que empiece?

—Claro.

—¡Adiós!

—¡Adiós!

Y nos separamos. Erré toda la noche, no podía decidirme a volver a mi casa. . .

"¡Hasta mañana!"

SEGUNDA NOCHE

—¡Ya ve usted cómo aun vive!— dijo la joven riendo y estrechándome las dos manos.

—Estoy aquí desde hace dos horas. ¿Sabe usted lo que ha sido de mí todo el día?

—Sí, sí, ya lo sé. . . ¿Pero sabe usted por lo que he venido? No para charlar como ayer. En adelante, hay que proceder con más prudencia; he reflexionado mucho sobre esto.

—¿En qué hay que ser más prudente? Haré cuanto usted quiera; pero le juro que nunca he tenido tanta prudencia.

—Es posible. Pero antes que nada, le ruego que no me apriete las manos tan fuerte; después. . . después, he pensado hoy mucho en usted.

—¿Y?. . .

—Verá usted. He decidido que aún no le

conozco, que ayer procedí como una niña, y no hay que decir que he concluído por acusar a mi buen corazón, que me he alabado yo misma, como sucede siempre cuando comenzamos a analizarnos; de suerte que, para reparar mi falta, quiero tomar los informes más minuciosos de usted. Pero como no puedo dirigirme a otro que no sea usted mismo, dígame, ¿qué hombre es usted? Cuénteme su historia.

—¡Mi historia!— grité aterrorizado—; no tengo.

—Pues usted me la prometió ayer. Además, siempre se tiene una historia. ¿Ha vivido usted sin historia? ¿Cómo ha hecho usted?

—¡No sé! ¡pero he vivido sin historia! He vivido para mí mismo, es decir, solo; ¡solo!, completamente solo. ¿Comprende usted lo que significa esa palabra?

—¡Cómo solo!, ¿nunca ha visto usted a nadie?

— A mucha gente; pero a pesar de todo, siempre solo.

—Entonces no ha hablado a nadie.

—Rigurosamente a nadie.

—¡Pero qué hombre! ¡Explíquese usted. Espere, creo adivinar: usted probablemente tiene una babouschka como la mía, que

es ciega, y que hasta hace muy poco no me dejaba salir a la calle. Me había olvidado de hablar. Hace dos años estuve a punto de perder la cabeza y entonces prendió con un alfiler mi falda a la suya, y así pasaban los días. . . y los días. . . Ella aunque ciega hacía punto de aguja, y yo le leía en alta voz. Cerca de dos años he estado prendida de ese modo.

—¡Ah, Dios mío! ¡qué desgracia! Pues no, yo no tengo babouschka.

—¿Y si no la tiene usted, por qué se queda en su casa?

—Oiga, ¿quiere usted saber lo que soy yo?

—Sí.

—¿En el verdadero sentido de la palabra?

—En el más verdadero sentido de la palabra.

—Pues bien: soy un tipo.

—¡Un tipo! ¿qué tipo?— gritó la muchacha echándose a reir como si hiciese un año que no había reído—. ¡Qué gracioso es usted! Aquí tenemos un banco; sentémonos; no pasa nadie, nadie le oirá. ¡Empiece su historia, porque usted me engaña, usted tiene una historia! Pero antes que nada, ¿qué es un tipo?

—¡Un tipo es un hombre ridículo!— respondí comenzando a reir, conquistado por

su risa de niña— ¡es un carácter!, es un. . . ¿Pero usted sabe lo que es un soñador?

—¿Un soñador? Permítame, yo misma soy *un soñador*. ¡Cuántas cosas me han pasado por la cabeza durante los días interminables al lado de mi babouschka! ¡Mis sueños iban muy lejos! ¡Una vez soñé que me casaba con un príncipe chino! Algunas veces es bueno soñar.

—¡Magnífico! ¡Ah!, si es mujer para casarse con un príncipe chino, me comprenderá usted muy bien. . . Pero permítame, aún no sé cómo se llama usted.

—Me llamo Nasteuka.

—¿Nada más?

—Nada más. ¿No es bastante para usted?

—¡Oh, mucho!, ¡mucho!, ¡al contrario, mucho! ¡Nasteuka!

—¿Entonces?. . .

—Entonces, Nasteuka, escuche mi risible historia.

Me senté junto a ella, adopté una postura grave y pedante, y comencé como si leyese en un libro.

—Hay, Nasteuka, en San Petersburgo —tal vez usted lo ignore—, rincones muy extraños. El sol, que brilla en todas partes, no los ilumina. Luce como otro sol, hecho

expresamente, muy especial. Allí, querida Nasteuka, se vive una vida distinta a la suya, una vida que no se parece en nada a la que se desliza en torno nuestro, una vida que apenas podría concebirse en cualquier clima lejano, en absoluto diferente a la vida razonable de nuestra época. Esa vida es la mía ¡Nasteuka!, una vida de fantástico y de ideal, y al mismo tiempo, ¡ay!, algo de grosero y de prosaico, algo de ordinario hasta la suprema trivialidad.

—¡Huy! ¡Dios mío! ¡Qué preámbulo! ¿Qué es lo que voy a saber?

—Sabrá usted, Nasteuka (me parece que nunca me cansaré de llamarla Nasteuka), sabrá usted que en ese rincón viven hombres extraños: soñadores. Un soñador no es un hombre, es un ser neutro; vive en una sombra perpetua, como si quisiese ocultarse del día; se incrusta en su agujero como un caracol, o si es posible más aún, como la tortuga. ¿Por qué ama tanto sus cuatro paredes que, por fuerza, deben estar pintadas de verde, ahumadas y tristes? ¿Por qué ese hombre ridículo, si alguno de sus raros amigos viene a verlo (y concluye por no tener ninguno) le recibe con tanta turbación, con tanto fuego de fisonomía, como si acabase de cometer un crimen, como si fa-

bricase moneda falsa o versos que va a enviar a un periódico con una carta anónima afirmando que el poeta ha muerto y que uno de sus amigos considera como un deber sagrado publicar sus obras? ¿Por qué, dígame, Nasteuka, los diversos interlocutores que se han reunido en casa de nuestro soñador, no llegan a iniciar la conversación? ¿Por qué ni risas ni bromas? Fuera, sin embargo, y en otras ocasiones, no desdeña ni la risa ni la broma a propósito del bello sexo o sobre otro tema cualquiera tan alegre. ¿Por qué, en fin, el amigo, al hacer la primera visita —la segunda no la hará—, ese amigo, un conocimiento reciente, se siente molesto, se yergue tanto, después de sus primeras agudezas (si las encuentra), contemplando el rostro descompuesto del dueño de la casa, el cual acaba por perder el hilo completamente después de los esfuerzos enormes, pero vanos, por animar la conversación, por demostrar buena educación, por hablar también del bello sexo y, por todas esas concesiones, agradar al pobre muchacho que le hace una visita por equivocación? ¿Por qué, en fin, el visitante se levanta de pronto acordándose de un asunto urgente, coge su sombrero después de un saludo desagradable y retira con tanto trabajo la mano que el dueño de la casa le estrecha, tratando de demostrarle por aquel silencioso apretón un arrepentimiento inexplicable? Porque, una vez fuera, el amigo se ríe a carcajadas y se jura no volver a *poner los pies* en casa de aquel hombre extraño, un buen muchacho sin embargo, pero al que no puede dejar de comparar su fisonomía con la cara del desgraciado gatito, atormentado por los niños, que hacía poco había venido a acurrucarse, encogido, debajo de la silla — la que ocupara el visitante— y, que en la sombra, con sus dos patitas, estuvo largo rato lavándose y lustrándose su hociquito, y aun mucho tiempo después miraba con resentimiento la naturaleza y la vida. . .

—Veamos —interrumpió Nasteuka, que escuchaba asombrada, con los ojos muy abiertos—. No sé la razón de todo eso, ni por qué me hace usted preguntas tan extrañas; pero seguramente todo eso ha debido sucederle palabra por palabra.

—Sin duda— respondí muy serio.

—Entonces, continúe, porque quiero conocer el fin. . .

—¿Quiere usted saber, Nasteuka, lo que fué de nuestro gatito debajo de su silla o

más bien lo que fué de mí, puesto que yo soy el mediano héroe de estas aventuras; quiere usted saber por qué todo el día me fué turbado por aquella inesperada visita de un amigo, por qué yo estaba tan agitado cuando la puerta de mi habitación se abrió, por qué recibí tan mal al visitante, porqué quedé aplastado bajo el peso de mi propia inhospitalidad?

—Sí, sí —respondió Nasteuka—, eso es lo que quiero saber. Escuche, usted cuenta muy bien, ¿pero no podría contar menos bien? Se diría que lee usted en un libro.

—No— repliqué con voz severa e imponente—, querida Nasteuka, yo sé que cuento muy bien, pero perdóneme, no puedo hacerlo de otro modo. Me parezco, querida Nasteuka, a ese espíritu del zar Salomón, que pasó mil años en un odre sellado con siete sellos. Ahora, querida Nasteuka, desde que nos hemos vuelto a ver de nuevo, después de una separación tan larga (porque hace mucho tiempo que la conozco a usted, Nasteuka, hace mucho tiempo que buscaba a alguien, precisamente a usted, y nuestro encuentro era fatal), millares de válvulas se han abierto en mi cabeza, y es preciso que me desahogue por un torrente de palabras, pues de otro modo

estallaría; así, pues, le ruego que no me interrumpa, Nasteuka, escúcheme con sumisión y obediencia o si no me callo.

—¡Ta! ¡ta! ¡ta! ¡Nunca! Hable, no digo más una palabra.

—Continúo. Hay, amiga Nasteuka, una hora del día que me gusta mucho. Es la hora en que terminan los negocios, cuando todo el mundo se apresura por ir a cenar, por descansar, y andando, busca alguna diversión para pasar la noche o todo el tiempo desocupado que le quede. A esa hora, mi héroe —porque va usted a permitirme que le cuente esto en tercera persona; es muy penoso para el narrador hablar en su propio nombre—, a esa hora, pues, nuestro héroe, que no es un ocioso, va andando como todo el mundo. Pero una extraña sensación de placer agita su rostro pálido y fatigado. Observa con interés la *aurora de la tarde* que se apaga lentamente sobre el fresco cielo de Petersburgo. Cuando digo "observa", miento; no observa, mira vagamente como un hombre cansado o que se ocupa dentro de sí mismo de cosas más interesantes. De suerte, que sólo es por momentos y casi sin querer, cuando tiene tiempo de observar en torno suyo. Está contento, porque ha ter-

minado hasta el día siguiente con los asuntos enojosos, contento como un colegial librado de la escuela, que corre a sus juegos preferidos y a sus travesuras. Mírelo usted, Nasteuka, no tardará en ver que la alegría ha obrado ya felizmente sobre sus nervios sensibles y su imaginación excitada. Está reflexionando. ¿Cree usted quizá que está pensando en su cena, o bien en la noche anterior? ¿Qué mira así? ¿No es a ese señor que acaba de saludar tan "artísticamente", a esa señora cuando pasó cerca de él en ese carruaje tirado por tan hermosos caballos? No, Nasteuka, no son esos nadies quienes le ocupan. Es un hombre, en este momento, rico de vida interior. Es rico, le digo, y los rayos de adiós del sol poniente no han brillado en vano para él. Han provocado en su corazón un enjambre de sensaciones. Ahora, examina todos los detalles del camino; ahora, el "hada de la Fantasía" (¿ha leído usted a Goukovsky, querida Nasteuka?) ha tejido con sus manos maravillosas la tela dorada y empieza a enredar los arabescos de una vida fantástica e imaginaria. Ha transportado a nuestro héroe al séptimo cielo, "el cielo de cristal", lejos de esta excelente acera de granito que pisará esta noche cuando vuelva a su casa.

Trate de detenerle, pregúntele bruscamente dónde está, por qué calles ha pasado; no se acuerda de nada, ni adónde ha ido ni dónde está y, enrojeciendo de despecho, le dirá cualquier mentira para salvar las apariencias. Es por lo que ha tenido un estremecimiento tan vivo y poco le faltó para lanzar un grito de espanto, cuando una honorable anciana lo detuvo en medio de la acera preguntándole su camino. Con el rostro oscurecido continúa su marcha, fijándose apenas en que más de un transeunte sonríe al mirarle y se vuelve para verle y que las chiquillas, después de alejarse de él con terror, vuelven sobre sus pasos para examinar su sonrisa absorta y sus gestos. Pero siempre la misma fantasía lleva en su vuelo a la anciana, a los transeuntes curiosos, y a las chiquillas burlonas; enlaza todo alegremente en su red como moscas prendidas en una tela de araña, y el hombre extraño vuelve a su madriguera, sin advertirlo, cena sin advertirlo y no vuelve en sí hasta que Matrena, su criada, quita la mesa y le trae la pipa. La hora se oscurece, siente tristeza y un gran vacío a su alrededor; todo su reino de sueños se desploma sin ruido, sin dejar trazas. . . como un reino de sueños; pero una sensación vaga

se alza ya en su ser, una sensación desconocida, un deseo nuevo, y ya tiene reunido en torno suyo un enjambre de nuevos fantasmas. Y él mismo se anima, hierve como el agua en la cafetera de la vieja Matrena. Coge un libro, sin objeto, lo abre al azar y lo deja caer en la tercera página. Su imaginación está excitada, un nuevo ideal de felicidad se le aparece; en otros términos, ha tomado una nueva poción de ese veneno refinado que oculta la cruel embriaguez de la esperanza. ¡Qué importa la vida real, donde todo es frío, melancólico!... ¡Pobres gentes —piensa el soñador—, las gentes reales! No se asombre usted porque él tenga ese pensamiento. ¡Oh! ¡si usted pudiese ver los espectros mágicos que le rodean, todos los maravillosos colores del cuadro en que se condensa su vida! ¡Y qué aventuras! ¡Qué continuación indefinida de ensueños! ¿Pero con qué sueña? ¡Pues... con todo! Con el papel del poeta un momento desconocido y pronto cubierto de laureles, con su predilección por Hoffmann, con el San Bartolomé, con las acciones heroicas de Ivan Vassilievitch cuando toma a Kazan, con Juan Huos compareciendo ante el cónclave de los prelados, con la evocación de los muertos en *Roberto el Diablo*

(recordará usted esa música que huele a cementerio), con Mina y Brinda en el pasaje de la Beresina, con la lectura de un poema en casa de la condesa W. D. . ., con Dantón, con Cleopatra y sus amantes, con la casita en la Colomna, con una almita querida que podría estar a su lado en ese pequeño reducto, durante las interminables noches de invierno, y que lo escucharía, atenta y dulce como lo es usted, Nasteuka... No, Nasteuka, ¿qué importa a ese voluptuoso lleno de pereza esa vida real, esa lastimosa pobre vida, por la que daría todos los días por una de esas horas fantásticas? También él tiene horas malas; pero esperando que vuelvan (porque la hora que suena es dulce), no desea nada, está por encima de todo deseo, lo puede todo, es soberano, es el propio creador de su vida, y vuelve a crearla a cada instante por su propia voluntad. ¡Se organiza tan fácilmente un mundo fantástico! ¿Y quién sabe si no es un espejismo? Es quizá de los dos mundos el más real. ¿Por qué, dígame, Nasteuka, por qué en este momento las lágrimas brotan de los ojos de ese hombre a quien no abruma ninguna tristeza actual? ¿Por qué noches enteras pasan como horas? Y cuando el rayo rosa

de la aurora salpica las ventanas, nuestro soñador se levanta del diván en el que la torre del cuadrante lo ha visto sentado y se tira sobre su lecho. ¡Creeríase, Nasteuka, que está enamorado! Mírele solamente y se convencerá usted. ¿Es posible creer que nunca haya conocido al ser que estrechaba en los transportes de su ensueño? ¿Puede ser que no hayan marchado con las manos unidas en la vida, muchos años, mezclando sus almas? ¿Y en la hora tardía de la separación, no se estrechó ella contra su pecho sin escuchar la tormenta que bramaba fuera, sintiendo sólo la tormenta interior de su amor deshecho? ¿Es que todo aquello no fué más que un sueño: aquel jardín triste, abandonado, salvaje, cubiertos los senderos de musgo por donde pasearon juntos tantas veces "tanto tiempo y tan tiernamente"? ¡Y aquella extraña casa de sus abuelos en la que ella vivió tanto tiempo sola y triste, con un viejo marido huraño, un viejo marido sarnoso, al que tenían miedo los enamorados muchachos! ¡Cómo sufría ella y cómo fueron malos con ellos! ¡Oh, Dios!, ¿no volvió él a verla, más adelante, bajo un cielo extranjero, tropical, en una ciudad eternamente maravillosa, en las mil claridades de

un baile, al ruído de la música, en un *palasso* (se lo juro Nasteuka, en un *palasso*), en un balcón festoneado de mirtos y rosas, donde reconociéndole ella enseguida, se descubre y le murmura al oído: "¡Soy libre!", y se arroja en sus brazos gritando enajenada de pasión en el olvido de todo? ¿Y la casa melancólica, y el anciano huraño, y la casa triste del país lejano, y el banco sobre el cual, después de los últimos besos de la separación, cayó ella desfallecida, rígida de desesperación?. . . ¡Oh!, convenga, Nasteuka, en que hay motivos para turbarse, sonrojarse como un escolar sorprendido en el jardín en que hurtaba las manzanas del vecino, si después de tantos acontecimientos trágicos que nos dejan palpitantes de emoción, un amigo inesperado, alegre y charlatán, abre de repente nuestra puerta y nos grita, como si no hubiera pasado nada: "¡Chico, vengo de Pavlovsk!" ¡Dios de Dios!, ¡el viejo conde acaba de morir, una felicidad infinita va a empezar para los dos amantes, y he ahí a alguien que vuelve de Pavlovsk!. . .

Me callé patéticamente. Recuerdo que hice un gran esfuerzo para no soltar una carcajada. Sentía ideas diabólicas dentro de mí; tenía la garganta apretada, temblá-

bame la barbilla, los ojos estaban húmedos. Esperaba ver a Nasteuka reir la primera con su alegre e irresistible risa de niño, y ya me arrepentía de haber ido tan lejos, de haber contado lo que tenía guardado en mi corazón hacía tanto tiempo. Por eso hubiera querido reir antes que ella; pero, con gran asombro mío, permaneció silenciosa, estrechándome ligeramente las manos, y me preguntó con acento tímido:

—¿Realmente ha vivido usted siempre así?

—Siempre, Nasteuka, siempre, y creo que moriré así.

—¡No, eso no puede ser— dijo con emoción—, no puede ser! ¿Y yo podré pasar toda mi vida con mi babouschka? Es imposible vivir así.

—Ya lo sé, Nasteuka, ya lo sé. Y lo sé más que nunca desde que estoy a su lado; porque ha sido Dios quien la ha enviado, querido ángel, para decírmelo y demostrármelo. Ahora, cuando estoy junto a usted, cuando la hablo, el porvenir me parece imposible, el porvenir, la soledad, la ausencia, el vacío. ¿Y voy a soñar ahora que en realidad soy feliz a su lado? Bendita sea usted que no me ha rechazado, usted a quien deberé toda una noche de felicidad.

—¡Oh, no, no! —gritó Nasteuka—. ¡No puede ser! ¡no nos separaremos así! ¿Qué son dos noches?

En sus ojos brillaron lágrimas.

—¡Oh, Nasteuka! ¡Nasteuka!, ¿sabe usted por cuánto tiempo me ha proporcionado usted alegría? ¿Sabe usted que ya tengo mejor opinión de mí mismo? Me arrepiento un poco menos de haber hecho de mi vida un crimen y un pecado. Porque semejante vida es un crimen y un pecado y no crea usted que he exagerado nada. ¡Pardiez! no, no he exagerado nada. A veces me invade una pena tal. . . Se me figura que no soy capaz de vivir mi vida, y me maldigo a mí mismo. Después de mis noches fantásticas, tengo terribles momentos de lucidez. ¡Y en torno mío sigue el torbellino de la vida! la vida de los hombres, esa que no está hecha de encargo. . . Y no obstante, sus vidas se desvanecerán como mis sueños. Dentro de poco no serán más reales que mi fantasma. Sí, son una sucesión de fantasmas sus vidas que se renuevan; ningún hombre se parece a otro, en tanto que mis sueños espantados, mis fantasmas encadenados por la sombra son triviales, uniformes; nacen de la primera nube que oscurece el sol; son tristes apari-

ciones, fantasías de tristeza. Y la vida se cansa de esta perpetua tensión, se agota la inagotable imaginación. Los ideales se suceden; se les vence, caen en la ruina, y puesto que no hay otra vida, sobre esas ruinas es donde hay que fundar un último ideal. Y sin embargo, el alma pide siempre un ideal y es en vano que el soñador revuelva en las cenizas de sus antiguos sueños, buscando alguna chispa que haga surgir la llama que caldeará su corazón helado y le devolverá sus viejos afectos, sus bellos errores, todo lo que le hacía vivir. ¿Creerá usted que yo celebro el aniversario de los acontecimientos que no han ocurrido, pero que me habrían sido queridos?... Imaginaciones. . . Y celebrar esos aniversarios porque esos estúpidos sueños ya no existen, porque ya no sé soñar, comprenderá usted amiga mía, que es un comienzo de entierro. ¿Creerá usted que consigo acordarme del color de los lugares en donde he pensado que podría ser feliz? Y he vuelto a visitar esos lugares, me he detenido en ellos, he olvidado el presente, lo he reconciliado con el pasado irreparable y he errado como una sombra, sin deseo, sin fin. ¡Qué recuerdos! Me acuerdo, por ejemplo, que aquí hace precisamente un año, a esta

misma hora, por esta misma acera, erraba solo, triste como hoy. Pero entonces aún no me preguntaba: ¿Dónde están los sueños? Por eso bajo la cabeza y me digo: ¡Qué de prisa pasan los años! ¿Qué has hecho? ¿Has vivido? ¡Mira cómo todo se ha vuelto frío! Los años pasarán, tu soledad te abrumará cada vez más y llegará la vejez montada en su palo de escoba; tu mundo fantástico palidecerá. . . Noviembre. . . Diciembre. . . No más hojas en tus árboles. . . ¡Oh, Nasteuka, será triste envejecer sin haber vivido!; ¡hasta sin haber tenido pesares! Porque yo no tengo nada que perder; mi vida no es más que un cero redondo, un sueño. . .

—¡No me haga usted llorar! —dijo Nasteuka enjugándose los ojos. ¿Ya se acabó? Oigame, yo soy una muchacha sencilla, que sabe muy poco, aunque mi babouschka me haya dado maestros; sin embargo, le aseguro que le compren o. Yo he tenido no exactamente lo mismo; pero sí disgustos muy parecidos a los suyos cuando mi babouschka me tenía prendida a su falda. Claro está que no podría contar tan bien como usted. No he estudiado bastante —añadió— (indudablemente, mi discurso patético, mi gran estilo, le habían inspirado respeto),

pero me alegra mucho el que usted se haya confiado a mí; ahora le conozco, y también va usted a conocerme a mí; yo también voy a decírselo todo: usted es un hombre muy inteligente, me dará usted un consejo.

—¡Ah, Nasteuka! —contesté—, yo no soy buen consejero; pero me parece que el uno al otro podríamos darnos consejos infinitamente espirituales. ¡Bueno! ¿qué consejos quiere usted? Me siento alegre, feliz, y no tendré necesidad de pedir prestadas mis palabras.

—Me lo figuro —dijo Nasteuka riendo—, pero no me hace falta solamente un consejo espiritual; lo necesito también cordial, como de un amigo de hace cien años.

—¡Comprendido, Nasteuka! —grité loco de júbilo—, aunque llevase queriéndote mil años no podría quererte más... Palabra.

—¿Su mano? —pidió Nasteuka.

—¿La suya?

HISTORIA DE NASTEUKA

—La mitad de la historia ya la conoce usted: usted sabe que tengo una babouschka.

—Si la otra mitad es tan larga...

—Cállese y escuche. Una condición: no interrumpirme, o si no me equivoco; a usted hay que hacerle callar siempre. Como le digo, tengo una babouschka muy vieja. Estoy con ella desde pequeñita, porque mi padre y mi madre murieron jóvenes. Mi babouschka fué joven (¡hace mucho tiempo!) Me ha hecho aprender el francés y una porción de cosas. A los quince años —tengo diez y siete— terminé mis estudios: no le diré lo que he hecho. ¡Oh! nada grave. Pero mi babouschka, como ya le he dicho, me prendió a su falda y me previno que así pasaríamos toda la vida. Me era imposible marcharme; tenía que estudiar siempre al lado de la babouschka. Una vez logré persuadir a Fekla, nuestra criada, para que se pusiera en mi lugar. Durante ese tiempo, la babouschka estaba durmiendo en su sillón, y yo, entretanto, aproveché para irme, no lejos, a casa de una amiga. Aquello acabó mal. La babouschka se despertó durante mi ausencia y me preguntó algo; pero Fekla es sorda: tuvo miedo, se desprendió y huyó...

Aquí Nasteuka se interrumpió para reir. Yo también me reí; pero se enfadó.

—¡No hay que reirse de mi babouschka!, yo la quiero a pesar de todo, ¿sabe usted?

¡Ah, cómo me reprendió! En seguida me volvió a poner en mi puesto, y, después, no me atreví a escaparme más, hasta el día que. . . Me he olvidado decirle que mi babouschka tiene una casa, muy pequeñita; solamente tres ventanas; una casa de madera, tan vieja como mi babouschka. En el segundo piso hay un pabellón que no ocupamos. Un buen día tomamos un inquilino.

—¿En consecuencia, había un antiguo inquilino?— observé de paso.

—Claro que había uno, y que sabía callarse mejor que usted. Verdad es que no podía mover la lengua. Un viejecito, seco, mudo, ciego y cojo; no era posible que viviera mucho tiempo. Y por fin, murió. Entonces necesitamos un nuevo inquilino, porque sin eso no podemos vivir. El alquiler constituye, con la pensión de la babouschka, nuestra única renta. Como hecho de intento, el nuevo inquilino era un joven, un extranjero, un viajero. No regateó nada; la babouschka lo dejó instalarse sin preguntarle; pero después inquirió:

—Nasteuka, ¿nuestro inquilino es joven o viejo?

—Regular, babouschka (yo no quería mentir); no es un chiquillo, pero tampoco un viejo.

—¿Y de apariencia agradable?

—Sí, babouschka, de una presencia bastante agradable.

—¡Qué desgracia!. . . ¡Te suplico, hija mía, que por ese motivo. . . no vayas a mirarlo demasiado! ¡En qué siglo vivimos! ¡Vaya con el inquilino "de una presencia bastante agradable" ¡Dios mío!, en mi época no pasaban estas cosas. . .

La babouschka hablaba siempre de su época; el sol calentaba más en su época; todo era mejor en su época.

Y me puse a pensar en mí misma: ¿por qué la babouschka me pregunta si el inquilino es guapo y joven? Después me entretuve contando los puntos de la media que estaba haciendo.

Una mañana el inquilino vino a nuestra casa y nos pidió que le pusiéramos un papel nuevo en su habitación. Hablando de unas cosas y otras, la babouschka, que es charlatana, concluyó por decirme:

—Nasteuka, ve a mi cuarto a buscar el metro.

En seguida me levanté ruborizada sin saber por qué. Pero había olvidado que estaba prendida, y en vez de quitar suavemente el alfiler para que el inquilino no lo notara, eché a andar con tanta fuerza, que

arrastré un buen trecho el sillón de la babouschka. De roja que estaba me puse carmesí, y me detuve, clavada en mi sitio, y me eché a llorar de repente. En aquel momento estaba desolada y hubiera renunciado al mundo de buena gana. La babouschka me gritó:

—¡Bueno!, ¿qué esperas? ¡Vete ya!

Pero me puse a llorar con más fuerza.

El inquilino, comprendió que su presencia aumentaba mi confusión, saludó y salió.

A partir de ese día, en cuanto sentía ruido en el vestíbulo, estaba más muerta que viva.

—¡Es el inquilino que vuelve! —pensaba—. Y con mucha suavidad, por precaución, desprendía el alfiler. Pero nunca era él. No volvía. Pasaron quince días. El inquilino nos mandó a decir una vez con Fekla que tenía muchos libros franceses, todos buenos libros, que tal vez le gustasen a la babouschka para que yo se los leyese. La babouschka aceptó agradecida.

—Es porque son libros buenos, que si no fueran así, no te permitiría leerlos, Nasteuka; te enseñarían cosas malas.

—¿Qué es lo que me enseñarían, babouschka?

—¡Ah!, Nasteuka, te enseñarían cómo los jóvenes seducen a las muchachas. Cómo, con el pretexto de casarse con ellas, las sacan de la casa paterna y las abandonan enseguida. Yo he leído muchos de esos libros. Están tan bien escritos que la tienen a una sin dormir toda la noche. . . ¿Qué libros ha mandado?

—Novelas de Walter Scott.

—¡Ah!, ¿no habrá nada encerrado en esto? ¿No hay ninguna carta amorosa escondida entre las páginas?

—¡No —dije a la babouschka—, no hay ninguna carta!

—¡Pero mira bien en la cubierta!; muchas veces es el escondite de esos bandidos.

—¡No, babouschka, en la cubierta tampoco!

—¡Entonces, nada!

Y nos pusimos a leer a Walter Scott. En un mes leímos cerca de la mitad de sus obras. Nuestro inquilino nos prestó enseguida a Pouchkine. Y me aficioné en extremo a la lectura. Ya no pensaba en casarme con un príncipe chino.

Así estaban las cosas, cuando, un día, me encontré en la escalera con nuestro inquilino. Se detuvo. Yo me puse muy colorada. El también se sonrojó, pero ense-

guida sonrió, me saludó, me preguntó por la babouschka y si había leído los libros.

—Sí, todos.

—¿Y cuál le ha gustado más?

—*¡Ivanhoe!*— respondí.

Aquella vez la conversación no pasó de allí. Ocho días más tarde volví a encontrarlo en la escalera.

—Buenos días— me dijo.

—Buenos días.

¿No se aburre usted el día entero sola con la babouschka?

No sé por qué enrojecí. Me sentí avergonzada y humillada. Me desagradaba que un extraño me hiciese esa pregunta. Quise marcharme sin responder, pero no tuve fuerzas.

—Es usted una muchacha encantadora —me dijo el joven—. Perdóneme lo que le he dicho. Pero es que la deseo una compañía más alegre que la de la babouschka. ¿No tiene usted ninguna amiga a quien poder visitar?

—Ninguna.

—¿Quiere usted ir conmigo al teatro?

—¡Al teatro! ¿Y la babouschka?

—¡Que no se entere!

—¡No! —dije—. No me gusta engañar a la babouschka. Adiós.

—Bueno, adiós.

Y no añadió nada más.

Después de comer vino a nuestra casa, se sentó, le preguntó a la babouschka si tenía muchas amistades y habló mucho con ella.

—¡Ah! —dijo de pronto—, hoy tengo un palco para la Opera. Dan el *Barbero*.

—*¿El Barbero de Sevilla?* —exclamó la babouschka—. ¿Pero es el mismo *Barbero* de mi época?

—¡Sí, señora, el mismo! Y me miró.

Yo lo había comprendido todo y el corazón se me estremecía de impaciencia.

—¡Ah! En mi juventud canté una vez la parte de Rosina en una función de aficionados.

—¡Entonces!, ¿quiere usted venir hoy? Sería una lástima perder el palco.

—Sí, ¿por qué no? Nasteuka aún no ha ido nunca al teatro.

¡Dios mío! ¡Qué alegría! Nos arreglamos de prisa y salimos enseguida. La babouschka decía que no vería la obra, pero que oiría la música. La pobre es muy buena. Quería, sobre todo, que yo me divirtiese, porque ella sola no habría ido. No le diré a usted la impresión que me causó el *Barbero*. Toda la noche el inquilino me miró tan

graciosamente, me habló tan bien, que pronto comprendí que había querido probarme por la mañana, ofreciéndose a llevarme sola con él. ¡Ah, qué feliz fuí! Me sentía orgullosa, tenía fiebre y toda la noche soñé con el *Barbero*.

Yo creí que después de eso vendría a casa con más frecuencia, pero no fué así; cesó casi del todo; sólo una vez al mes venía a invitarnos al teatro. Fuimos aún dos veces, pero yo no estaba contenta. Veía sin embargo, que él me compadecía por ser prisionera de mi babouschka. No podía tenerme tranquila, ni leer, ni estudiar. A veces le hacía maldades a mi babouschka, y otras me echaba a llorar sin motivo; adelgazaba, estuve a punto de caer enferma. Terminó la temporada de ópera y nuestro inquilino no volvió más a casa, y cuando nos encontrábamos en la escalera, me saludaba siempre en silencio, muy serio, como si no quisiera hablar, y ya estaba en la puerta de la calle cuando yo aún estaba en medio de la escalera, con toda la sangre en el rostro.

¿Qué hacer? Reflexionaba, ¡oh!, reflexionaba, cada vez más desolada, hasta que por fin me decidí; él debía marcharse al otro día e hice lo siguiente: por la noche,

cuando mi babouschka estuvo acostada, hice un envoltorio con todas mis ropas, y, cogiéndolo con una mano, subí más muerta que viva al pabellón de nuestro inquilino. Creo que tardé más de una hora en subir. Me abrió la puerta y lanzó un grito al verme, quizá tomándome por un fantasma; después se apresuró a ofrecerme un vaso de agua, porque apenas podía tenerme en pié.

Me dolía la cabeza y poco a poco perdía la claridad de las cosas; al volver en mí puse mi envoltorio sobre la cama, me senté al lado, me tapé la cara con las manos y me puse a llorar; él parecía haberlo comprendido todo, y me miraba tan tristemente que se me desgarraba el corazón.

—Escuche—comenzó a decir—. ¡Nasteuka, yo no puedo nada! Soy un hombre pobre: por el momento no tengo nada, ni siquiera un pequeño empleo; ¿cómo viviríamos si nos casáramos?

Hablamos largamente; por último, me sentí fuera de mí; le dije que ya no podía vivir más con la babouschka, que me escaparía, que ya no quería estar más prendida con alfileres y que le seguiría, quisiéselo o no; que iría con él a Moscú, que ya no podía vivir sin él.

La vergüenza, el amor, el orgullo, todo

hablaba a un mismo tiempo en mí. Caí medio desvanecida en la cama; ¡temía tanto una negativa! Después de un silencio, se acercó a mí y me cogió una mano.

—Querida Nasteuka. . . (tenía lágrimas en la voz), le juro que si alguna vez puedo casarme, sólo será a usted a quien pida esa felicidad. Me voy a Moscú, en donde estaré un año; en este tiempo espero arreglar mi situación. Cuando vuelva, si sigue usted amándome, seremos felices. Ahora es imposible, no puedo comprometerme, no tengo derecho; pero si, aun pasado un año, me prefiere usted a otro, la haré a usted mi esposa. Además, no quiero encadenarla con una promesa; acepte la mía sin que haga usted ninguna.

Y se fué al día siguiente; siguiendo su deseo, decidimos no hacer confidencias a la babouschka. . . Mi historia casi ha terminado. Ya ha pasado un año desde que se marchó. Ha vuelto, está aquí desde hace tres días, y. . . y. . .

—¿Y qué? —grité impaciente por saber el fin.

La muchacha hizo un esfuerzo para responderme y consiguió murmurar:

—Nada; no lo he visto.

Bajó la cabeza y, de pronto, se cubrió los

ojos con las manos y estalló en sollozos tan dolorosos que se me oprimió el corazón.

No me esperaba semejante final.

—¡Nasteuka! —dije con voz tímida—, no llore; ¿qué sabe usted? Tal vez no ha venido.

—¡Está aquí, está aquí!—interrumpió Nasteuka. La víspera de su marcha, salimos juntos de su casa y dimos unos cuantos paseos por este muelle; eran las diez de la noche; acabamos por sentarnos en este banco; yo ya no lloraba; me era muy dulce escucharle; me dijo que en cuanto volviera iría a pedirle mi mano a la babouschka; ha vuelto y no me ha pedido.

Y vuelta a llorar.

—¡Dios mío! ¿cómo podré consolarla? —grité levantándome del banco—. ¿No podría ir usted a verle?

—¿Pero eso se puede? —preguntó alzando la cabeza.

—No sé. . . no estoy seguro. . . pero escríbale.

—¡No, es imposible, eso tampoco puede ser!—respondió con decisión, pero bajando la cabeza sin mirarme.

—¿Y por qué no habría de poder ser? repuse, siempre en mi idea fija—. ¿No sabe usted, Nasteuka, que hay cartas de cartas? ¡Ah, qué bien haría usted en

tener confianza en mí! ¿Teme usted que vaya a darle un mal consejo? Todo se arreglará fácilmente; usted fué la que dió el primer paso; ¿entonces, ahora por qué. . . ?

—No, no; eso parecería perseguirle. . .

—¡Ah, mi pequeña Nasteuka! —interrumpí sin ocultar una sonrisa—. ¡Pues no! ¡no! Tiene usted derechos, puesto que él le ha hecho una promesa. Seguramente, por otra parte, es un hombre muy delicado; ha procedido bien —continué cada vez más entusiasmado por mis propios argumentos—, se ha ligado por una promesa, ha dicho que sólo se casaría con usted, y, por el contrario, la ha dejado la libertad de rechazarle si usted lo quisiera. En esas condiciones, puede dar usted los primeros pasos, debe usted darlos, si quiere usted devolverle su palabra.

—Oiga, ¿cómo escribiría usted?

—¿Qué?

—Esa carta.

—La escribiría así: "Caballero. . ."

—¿Es absolutamente necesario ese "caballero"?

—Absolutamente. Sin embargo, creo. . .

—Bueno, ¿y después?

—"Caballero, perdóneme si . . ." ¡Sin embargo, no, no hace falta ninguna excusa! Lo hecho por él mismo excusa todo. Ponga sencillamente: "Escribo a usted. Perdone mi impaciencia, pero durante un año he sido feliz esperando. ¿Tengo yo la culpa de no poder soportar hoy un día de duda? Tal vez sus intenciones hayan cambiado. En ese caso, no recriminaré nada; no le acusaré, yo no soy la dueña de su corazón; usted es un hombre noble, no se ría de mí, no se enfade. Recuerde que es una pobre muchacha quien le escribe, sin nadie para guiarla, y perdónele que la duda se haya deslizado en ella. Claro que es usted incapaz de ofender a la que le amó y le ama. . ."

—¡Sí, sí, está muy bien eso! ¡es lo que yo pensaba escribir! —exclamó Nasteuka. La alegría brillaba en sus ojos—. ¡Oh! ha resuelto usted todas mis dudas. Es Dios quien me lo ha enviado. ¡Gracias, gracias!

—¿Gracias de qué? ¿porque Dios me ha enviado?

—Sí, por eso mismo.

—¡Ah, Nasteuka, hay gentes a quienes agradecemos sólo el que se hayan atravesado en nuestra vida!. . . Pero soy yo quien debe darle gracias a usted por haberla encontrado y por el recuerdo inmortal que me dejará.

—Vamos, basta. . . Habíamos, pues, decidido que apenas volviera, él me haría saber su regreso por medio de una carta que dejaría para mí en casa de unos amigos nuestros que no sospechan nada. Y si no podía escribirme, porque hay cosas que no pueden decirse en una carta, el mismo día de su llegada, debía estar aquí mismo, a las diez en punto. Pues bien, sé que ha llegado, ya es el tercer día, y ni me ha escrito ni ha venido. Lleve usted mismo mañana mi carta a esas buenas gentes de quien le he hablado; ellas se encargarán de mandársela, y si hay alguna respuesta, me la traerá usted aquí, como siempre.

—¡Pero la carta, la carta! ¡primero hay que escribirla, o todo eso no podrá hacerse hasta pasado mañana!

—La carta. . . —dijo Nasteuka un poco turbada— la carta. . . pues. . .

No concluyó; volvió su carita rosada y sentí en mi mano una carta dentro de su sobre perfectamente lacrado. Un recuerdo familiar, gracioso y encantador acudió a mi mente:

—Ro, ro; si, si; na, na —comencé a tararear.

¡"Rosina"! —nos pusimos a cantar los dos. Casi la enlazaba con mi brazo, estaba loco de alegría. Ella reía a través de las lágrimas que temblaban al borde de sus pestañas.

—Hasta mañana. Tiene usted la carta y la dirección.

Me estrechó fuertemente las manos, saludó con la cabeza y desapareció.

Quedé mucho tiempo inmóvil siguiéndola con los ojos.

TERCERA NOCHE

Día triste, lluvioso, apagado como una vejez futura. Extraños pensamientos presentábanse en mi cabeza; son problemas, misterios en los que no distingo nada, cuestiones para las que no tengo ni la fuerza ni la voluntad de resolver. No, no es a mí a quien toca resolver esas cuestiones.

Hoy no nos veremos. Ayer, cuando nos separamos, espesas nubes cubrían el cielo y empezaba la niebla. Dije que el día siguiente sería malo. Ella no me respondió al pronto, peıo dijo al fin:

Si llueve, no nos veremos; no vendré.

Esperaba, pues, que si llovía no vendría, y sin embargo, no dejó de venir.

Era nuestra tercera cita, nuestra tercera noche blanca. . .

¡Cómo la felicidad hace al hombre excelente! Parece que quisiera dar el co-

razón la alegría. Y la alegría es contagiosa. ¡Ayer, en sus palabras, había tanta bondad para mí! ¡ Y qué coquetería inspira la felicidad en las mujeres! Y yo, tonto. . . pensaba que ella. . . En fin, tomé todo eso a pies juntillas.

Pero, Dios mío, ¿cómo pude ser tan tonto, tan ciego? Todo ya pertenecía a otro; para mí, nada. Esas ternuras, esas atenciones, ese amor. . . ¡Sí, su amor para mí no era más que la alegría de una entrevista próxima con otro; era también el deseo de *probar* conmigo su felicidad. . . y cuando sonó la hora sin que él estuviese allí, cómo perdió el ánima! En su actitud, en sus palabras, veíase la desolación y, sin embargo, redoblaba sus atenciones conmigo, como pidiéndome que la engañase dulcemente, que la persuadiera de que la realidad era falsa; en fin, se desanimó precisamente en el momento en que imaginaba que ella había comprendido mi amor, que tenía piedad de mi pobre amor. ¿No es así cuando somos desgraciados? ¿No sentimos más profundamente el dolor de los demás?. . .

Y acudía hoy, henchido el corazón, esperando impaciente el momento de la cita, sin presentir lo que ahora presiento, que

todo acabará. Ella estaba radiante de alegría, esperaba una respuesta. La respuesta era él mismo. Sin duda correría a su llamada. Ella acudió antes que yo, una hora antes que yo. Al principio reía a cada paso. Empecé a hablar, pero pronto me callé.

—¿Sabe usted por qué estoy tan contenta de verle y por qué le quiero tanto hoy?

—¿Por qué?

—Le quiero porque no se ha enamorado usted de mí. Otro, en su lugar, hubiera empezado a inquietarme, a importunarme. Haría a cada rato, "¡oh!" "¡ah!". ¡Pero usted. . . usted es encantador!

Y me estrechó la mano con fuerza.

—¡Qué amigo más bueno tengo! —continuó muy seria—. ¿Qué será de mí sin usted? ¡Qué sacrificio! Cuando me case, seremos grandes amigos, más que hermano y hermana; le querré casi tanto como a él.

Yo estaba horriblemente triste. Cada una de sus palabras me hería.

—¿Qué le pasa a usted? —la pregunté bruscamente—, ¿tiene usted una crisis? ¿Cree usted que no vendrá?

—¿Qué dice usted? Si no me sintiera tan feliz, creo que lloraría de verlo tan desconfiado. ¿Reproches? Sin embargo, me hace

usted reflexionar; pero pensaré más tarde. . . aunque sea cierto lo que usted me dice; sí, estoy completamente fuera de mí, soy todo espera; esto tarda demasiado. . .

En aquel momento sonaron unos pasos, y en la oscuridad apareció un transeunte que venía hacia nosotros. Nasteuka se estremeció; estuvo a punto de lanzar un grita; dejé su mano e hice un movimiento como para irme; pero nos habíamos engañado; no era él.

—¿Qué teme usted? ¿Por qué quita la mano? Nos encontrará juntos, ¿verdad? Pues quiero que sepa cómo nos queremos.

—¡Cómo nos queremos! —repetí.

Y pensé: "¡Oh!, Nasteuka, Nasteuka, ¿qué acabas de decir? *¡Nuestro* amor!. . . tu mano está helada, la mía arde. ¡Qué ciega eres, Nasteuka! ¡Cómo endurece la felicidad!. . . Pero no quiero enojarme contigo. . ."

Por fin sentí mi corazón lleno.

—Nasteuka, ¿sabe usted lo que he hecho hoy?

—¿Qué? Dígalo pronto; ¿por qué ha esperado tanto para decirlo?

—Primero, Nasteuka, cumplí su encargo, llevé su carta, vi a sus buenas gentes; enseguida, enseguida. . . volví a mi casa y me acosté.

—¿Y es todo?

—Casi todo —respondí con el corazón oprimido porque sentía llenarse mis ojos de lágrimas ridículas—. Me desperté un poco antes de nuestra cita; en realidad no había dormido; el tiempo se había detenido para mí, y en mi somnolencia me despertaba al ruido de algunas melodías conocidas hace mucho tiempo, después olvidadas y después recordadas; me parecía que durante toda mi vida, esa melodía había querido salir de mi alma, y que sólo ahora...

—¡Ah! ¡Dios mío! —interrumpió Nasteuka—, no comprendo nada.

—¡Ah, Nasteuka!, quisiera explicarle esos sentimientos extraños—repuse con voz suplicante que venía del fondo de mi corazón. . .

—¡Oh, basta! —dijo la joven.

Había adivinado. Y de repente se volvió extraordinariamente charlatana y alegre, me cogió un brazo, rió, exigió que yo riera. . . Yo comencé a entristecerme. Me parecía que se volvía coqueta.

—No le negaré que me molesta un poco el que no se haya usted enamorado de mí...

¡Ah! ¡ah!, le digo todo lo que me pasa por la cabeza.

—¡Las once! —murmuré.

Se detuvo bruscamente, cesó de reir y se puso a contar los tañidos de la campana que vibraba en el cercano campanario.

—¡Las once! —repitió con voz indecisa— ¡las once!

Enseguida me arrepentí de la especie de crisis de maldad que me había obligado a hacerle observar esa hora tan triste para ella. Y me sentía triste como ella; no sabía cómo reparar mi falta. Buscaba explicaciones en esta ausencia prolongada y las encontraba. ¡Por otra parte, en un momento semejante se acogen con tanta gana los más improbables consuelos! ¡Se es tan feliz con la menor apariencia de excusa!

—¡Sí, y qué raro —comencé acalorándome ya al admirar la claridad extraordinaria de mis argumentos—, me ha hecho usted compartir sus errores, Nasteuka! No podía venir. . . pero piense que apenas ha tenido tiempo de recibir su carta. Ya le contestará y mañana tendrá usted su respuesta. ¡Yo iré a buscarla en cuanto despunte el día, y enseguida se la llevaré a usted!. . . ¡Cierto es que él no estaba en su casa cuando dejé la carta y

tal vez aún no haya regresado!. . . todo es posible.

—Sí, sí —respondió Nasteuka—, no pensé en eso; muy bien puede ser—continuó con acento convencido, pero en el que se descubría una disonancia de despecho—. He aquí lo que va usted a hacer: irá usted mañana lo más temprano posible, y si tiene usted alguna noticia, hágamela saber enseguida. . . Usted sabe dónde vivo. . .

¡Y de repente se volvió tan tierna, tan tímidamente tierna conmigo!. . . parecía escuchar atentamente lo que yo la decía; pero ante determinada pregunta guardó silencio y volvió su carita; la miré en los ojos: lloraba.

—Vamos, ¿es posible? ¡qué niñería! ¡No llore!

Trató de sonreir y se calmó; pero su barbilla temblaba y su pecho se levantaba aún.

—¡Pienso en usted! —me dijo después de una pausa—, es usted tan bueno que tendría que ser insensible para no advertirlo. Y comparaba a los dos en mi cabeza. . . ¿Por qué él no es usted? Lo preferiría; pero es a él a quien amo.

No respondí. Ella parecía esperar mi respuesta.

—Claro, como que es fácil que aún no le comprenda bastante, tal vez no le conozca bastante; siempre le tuve un poco de miedo; siempre estaba tan serio, temía que fuera orgulloso, y sin embargo, sé que en su corazón hay más ternura real que en el mío; siempre me acuerdo de su bondad, de su generosa mirada la noche que fuí a él con mi envoltorio. ¿Pero no será que siento por él una estimación exagerada?

—¡No, Nasteuka, no! —respondí—, eso quiere decir que lo ama usted más que a todo el mundo y más que a usted misma.

—Supongamos que sea así. ¿Pero sabe usted lo que me pasa por la cabeza? Ya no hablo más de él. . . hablo en general. . . ¿Por qué el mejor de los hombres está siempre ocupado en ocultar algo a los demás hombres? *¡El corazón en la mano*, no es más que una palabra! ¿Por qué no decir enseguida francamente lo que se tiene en el corazón si se sabe que no es para lanzar al viento sus palabras? Y cada uno afecta una severidad exagerada, como para advertir al mundo que no hiera sus sentimientos. . . Y esos sentimientos, todo el mundo los oculta.

—¡Ah! ¡Nasteuka, dice usted verdad, pero eso tiene muchas causas! —murmuré, dispuesto más que nunca a hacer retroceder mis sentimientos en el fondo de mi alma.

—No, no —respondió ella—, me parece que. . . en este mismo instante. . . en fin, me parece que se sacrifica usted por mí —dijo, mirándome de un modo penetrante—. Perdóneme si le hablo así; ya sabe usted que soy una muchacha sencilla, conozco poco el mundo y no siempre sé expresarme (tenía una sonrisa forzada), pero sé ser agradecida. ¡Oh, que Dios le haga feliz! Lo que me decía usted de su soñador no es cierto del todo; es decir, no es usted en absoluto, o por lo menos se ha curado usted; usted es un hombre diferente al que ha descrito. ¡Si alguna vez ama usted a alguien, que Dios le haga dichoso!, y a la que ame, no le deseo nada más, porque será dichosa amándola usted. . . Soy una mujer, puede usted creerme, me conozco. . .

Guardó silencio y me estrechó fuertemente la mano; yo estaba tan conmovido que no podía hablar.

—Sí, es probable que hoy no venga —dijo después de una pausa—. Ya es tarde.

—Vendrá mañana.

—Sí, mañana, ya veo que vendrá mañana. Adiós, pues, hasta mañana. Si llueve

no vendré; pero pasado mañana vendré seguramente, haga el tiempo que haga. Es preciso que le vea a usted.

Y al separarse de mí me tendió la mano y dijo mirándome muy serenamente:

—Estamos unidos para siempre.

(¡Oh, Nasteuka! ¡Nasteuka!, ¡qué solo estoy, sin embargo!)

Las nueve de la noche. No he podido quedarme en mi habitación me he vestido y he salido, a pesar del mal tiempo.

He ido *allí*. . . Me he sentado en nuestro banco. Después me he encaminado hacia la callejuela, pero me he sentido avergonzado y he vuelto sobre mis pasos sin haber mirado sus ventanas, y he tenido que regresar a mi casa, ¡tan triste estaba! ¡Qué tiempo! Si hubiera sido bueno, me habría paseado toda la noche. . .

¡Pero, hasta mañana, hasta mañana! Mañana, ella me lo contará todo. ¡Sin embargo, si él aún no hubiese recibido la carta hoy!... pero no, seguramente la habrá recibido. . . y por otra parte, ya están reunidos. . .

CUARTA NOCHE

¡Dios mío!, ¡cómo ha terminado todo!, ¡cómo ha terminado todo!

Llegué a las nueve; ella ya estaba allí. La ví desde lejos acodada en el parapeto del muelle; no me sintió acercarme.

—¡Nasteuka! —llamé dominando mi emoción. Ella se volvió vivamente hacia mí.

—¿Qué ha pasado? —dijo—, ¿qué hay? ¡Pronto!

Yo la miré con asombro.

—¿Me ha traído usted la carta? —preguntó, sujetándose al parapeto con la mano.

—No, no he traído ninguna carta —concluí por decir—, ¿no vino él todavía?

Nasteuka palideció horriblemente y me miró largo rato, largo rato; había roto su última esperanza.

¡Bueno, que Dios le perdone! —dijo por fin con voz entrecortada—, ¡que Dios le perdone!

Bajó los ojos, después quiso mirarme, pero no pudo; durante algunos instantes trató de sobreponerse a su emoción y de repente se volvió, se acodó en el parapeto y prorrumpió en sollozos.

—¡Vamos, no llore, deje de llorar!...

Pero no tuve fuerzas para seguir mirándola. Y además, ¿qué tenía que decirle?

—No intente consolarme —decía deshecha en lágrimas—, no me hable de él, no me diga que vendrá, que él no me ha abandonado. ¿Por qué? ¿Había, pues, algo en mi carta, en mi desgraciada carta?. . .

Los sollozos interrumpieron su voz.

—¡Oh, esto es cruel!, ¡inhumano!, ¡y ni una palabra, ni una sola palabra! ¡Si al menos hubiera contestado que no quería saber más de mí, que me rechazaba. . . pero no escribir ni una línea durante tres días enteros! ¡Es tan fácil ofender, herir a una pobre muchacha indefensa que no tiene más culpa que amar! ¡Oh, cómo he sufrido durante estos tres días, Dios mío! ¡Dios mío! Y pensar que yo misma fuí a su casa, que me humillé delante de él, que lloré, que le supliqué, que le pedí su amor, y después de todo eso. . . No es cierto, eso no es posible, ¿verdad? (Sus ojos negros lanzaban relámpagos). ¡No es natural, usted y yo

nos hemos equivocado; él no habrá recibido mi carta! ¡él aún no debe saber nada! Si no, ¿cómo podría ser? Juzgue usted mismo; dígame, explíqueme: ¿es posible proceder tan bárbaramente? ¡Ni una palabra! ¡El último de los hombres sería más compasivo! ¿No le habrán dicho algo de mí? ¿Eh? ¿qué cree usted?

—Escuche, Nasteuka, yo iré mañana a verle de parte suya.

—¿Y después?

—Se lo diré todo.

—¿Y después?, ¿y después?

—Escribirá usted una carta. ¡No diga que no Nasteuka, no, diga que no! Le obligaré a que tome en cuenta su petición. Lo sabrá todo, y si. . .

—No, amigo mío, no —me interrumpió— no escribiré. Ya no tendrá una palabra mía. Ya no le amo. Lo ol-vi-da-ré. . .

No terminó.

—¡Tranquilícese! ¡Siéntese aquí!

Le designé un asiento en el banco.

—Si estoy tranquila. Ya está pensado... ¡Oh!, ya no lloro. . . ¿Cree usted acaso que voy a matarme. . . a ahogarme?. . .

Mi corazón estaba oprimido; quería hablar y no podía.

La muchacha me cogió una mano.

—Usted no habría procedido así; usted no habría abandonado a la que había ido a usted por sí propia; usted habría tenido piedad de ella; usted habría comprendido que ella estaba sola, que no sabía gobernarse, que no podía evitar amarle, que no era culpable, ¡en fin!, ¡que no es culpable... que no ha hecho nada!... ¡Dios mío! ¡Dios mío!

—¡Nasteuka! —exclamé—. ¡Nasteuka!, me desgarra usted el corazón!, ¡me mata usted! ¡Nasteuka!, ya no puedo callar más, es preciso que le diga. . . lo que hierve en mi corazón.

Me levanté. Ella retuvo mi mano y me miró asombrada.

—¿Qué tiene usted?

—Nasteuka —dije decidido—, todo esto es tonto, imposible; en nombre de todos sus sufrimientos, le suplico que me perdone.

—¿Pero qué?, ¿qué? —inquirió ella dejando de llorar y mirándome fijamente, mientras que una curiosidad extraña fulguraba en sus ojos asombrados—. ¿Qué tiene usted?

—¡Irrealizable!. . . ¡Pero la amo a usted, Nasteuka! ¡Ahí tiene lo que me pasa! Y ahora ya está dicho todo —añadí dejando caer desesperadamente una mano—. Ahora, vea si puede usted hablarme como antes, si puede usted escucharme lo que quiero decirla. . . . .

—¿Pero qué? —interrumpió Nasteuka—, ¿qué va a decirme? Hace mucho tiempo que lo sé; pero siempre me pareció que me quería usted sencillamente, así. . .

—En efecto, Nasteuka, al principio era sencillo, y ahora. . . estoy como cuando fué usted a casa de él con su envoltorio, y soy más digno de compasión que usted, Nasteuka; porque él no quería a nadie.

—¿Qué me dice usted? No he comprendido bien; ¡pero! ¿le ha dado a usted eso de repente?. . . ¡Pero qué tontería estoy diciendo!. . .

Nasteuka quedo muy confusa; sus mejillas se encendieron, bajó los ojos.

—¿Qué hacer, Nasteuka? ¿Qué debo hacer? ¿Tengo yo culpa de amarla? No, eso no puede ofenderla. Yo era amigo suyo, pues bien, seguiré siéndolo siempre, nada ha cambiado. . . Ya ve cómo lloro, Nasteuka; ¡qué ridículo soy! ¿verdad? ¡Bah!, déjeme llorar, eso no molesta a nadie; ya se secarán las lágrimas.

—Pero siéntese, siéntese—dijo Nasteuka.

—No, no me siento; ya no puedo estar más aquí; ya no puede usted verme más; no

tengo más que una palabra que decirla y en seguida me iré; usted no habría sabido nunca que yo la amaba, yo hubiera guardado mi secreto; pero usted ha tenido la culpa; usted me ha obligado a hablar; la vi llorar, no me pudo contener, lo dije todo, y. . . ya no tiene usted derecho a alejarme de usted. . .

—¿Pero quién le ha dicho que se aleje?

—¡Qué! ¿No me dice usted que me vaya? ¡y yo que quería irme motu proprio! Y en efecto, me iré; pero antes se lo diré todo. Hace un rato, cuando usted lloraba, no podía estarme quieto; cuando lloraba usted. . . porque otro no quería su amor. ¡Sentí en mi corazón tanto amor por usted, Nasteuka, tanto amor! Y ya no podía callar. . .

—Sí, sí, hable —dijo Nasteuka con un gesto inexplicable—. No me mire así; yo le explicaré. . . Hable primero.

—¿Tiene usted piedad de mí? Tiene usted simplemente piedad de mí, amiga mía; ¡pero qué importa! Está bien; todo eso es honrado; pero escuche bien, hace un rato pensaba —¡oh, déjeme decírselo!... pensaba que —no hay que decir que esto es imposible, Nasteuka—, pensaba, que de cualquier modo. . . ya no le amaba usted. Entonces —pensé en esto ayer y anteayer, Nasteuka—, entonces si era así, yo trataría de hacerme amar por usted absolutamente. ¿No me decía usted que estaba a punto de amarme? Bueno. . . . me queda por decir. . . ¿Qué pasaría si usted me amase? Amiga mía, porque usted es mi amiga; yo soy, no cabe duda, un hombre simple, sin importancia; pero no es esto; no sé explicarme, Nasteuka. Pero yo la amaría tanto, Nasteuka, yo la amaría tanto, que si aún usted amase a ese a quien no conozco, nunca advertiría usted la pesadez de mi amor. ¡Y yo le guardaría tanto agradecimiento! ¡Ah! ¿qué ha hecho usted de mí?. . .

—No llore —dijo Nasteuka levantándose—, vamos, levántese usted, venga conmigo; le prohibo que llore, Acabe. . . Sea. . . Puesto que él me abandona, me olvida, aunque le amo todavía —no quiero engañarlo a usted. . .—, si por ejemplo yo le amase a usted, es decir *si*. . . vamos, *si*. . . ¡Oh!, amigo mío, cuando pienso que yo le he ofendido, que yo le he felicitado porque no se había enamorado de mí. . . ¡Tonta!, pero estoy decidida. . .

—Nasteuka, me voy, porque en el fondo, la hago sufrir. Tiene usted escrúpulos para conmigo, como si no fuera bastante con su pesar. Adiós, Nasteuka...

—Espérese.

—¿Para qué esperar?

—Amo al otro, pero se me irá pasando... ¿Quién sabe? Tal vez hoy mismo. Quiero odiarlo. ¿No se ha burlado de mí? ¿Quién sabe?, quizá no me haya amado nunca; le amo a usted, amigo mío; sí, le amo como usted a mí. Le amo más que a él. . .

La agitación de la pobre muchacha era tan fuerte que no pudo acabar, apoyó su cabeza en mi hombro y comenzó a sollozar; la consolé, le hice razonamientos; apretándome una mano me habló llorando:

—¡Espere!, ¡se acabó el llanto!

Así lo hizo, en efecto; enjugó sus mejillas y nos pusimos a caminar; yo quería hablar, pero ella me rogó que esperase un poco más; guardamos silencio; por fin ella recuperó su presencia de ánimo y fué la primera en tomar la palabra.

—No vaya a creerse —comenzó a decir con voz temblorosa en la que vibraba un acento que me iba derecho al corazón—, no crea que soy inconstante, que haya podido olvidar y traicionar tan fácilmente. Durante un año lo he amado, no he tenido pensamiento que no fuera para él. Pero, ya ve usted, me abandona. ¡Pues bien!. . . ya no le amo, porque yo no puedo amar más que lo que es noble y generoso. ¡Que Dios lo perdone! Ha hecho bien, por otra parte. ¡Ah, me he desengañado demasiado tarde! ¡Se acabó! Tal vez sólo fué una ilusión. Quizá no le hubiese amado tanto si hubiera estado menos sujeta por la babouschka. Quizá fuese a otro a quien debía amar. Quiero decir que, a pesar de que le amo —no, de que le haya amado—, si usted siente que su amor es bastante grande para expulsar de mi corazón otro sentimiento y para llenar mi alma, si tiene usted piedad de mí, si no quiere usted dejarme sola, si quiere usted amarme siempre como ahora, le juro entonces que mi agradecimiento, que mi amor, en fin, será digno del suyo. . . ¿Tomará usted ahora mi mano?

—¡Nasteuka! —grité sofocado por los sollozos—, ¡Nasteuka!

—¡Ya es bastante! —dijo la muchacha dominándose. Ya está dicho todo, ¿no es verdad? ¡Bueno!, ¿es usted feliz? Ahora hablemos de otra cosa, ¿quiere usted?

—¡Sí, Nasteuka, sí, hablemos de otra cosa! Soy feliz, soy. . . Bueno, Nasteuka, hábleme usted de otra cosa. Pronto, hable; soy todo oídos.

No sabíamos qué decir. Después, de repente, aquello fué un diluvio de palabras

sin orden ni concierto; caminábamos tan pronto por la acera como por el medio de la calle, nos deteníamos, y después andábamos más de prisa; íbamos como unos chiquillos.

—Yo vivo solo, Nasteuka; es preciso que sepa usted que soy pobre; no poseo más que mil doscientos rublos.

—Tenemos que llevar con nosotros a la babouschka; tiene su pensión, no nos molestará, pero es indispensable que la llevemos.

Lo encuentro muy bien; además, conservaré a Matrena.

—Y yo a Fekla.

—Matrena es una buena mujer; su único defecto ès que carece totalmente de imaginación.

—Eso no importa. . . Pero mañana tendrá usted que mudarse a casa.

—¿A su casa?

—Sí, ocupará usted el pabellón; la babouschka quiere alquilárselo a un joven. Yo le he dicho: "¿por qué a un joven?" Y ella me ha respondido: "Cada día estoy más vieja". He comprendido su intención

Nos echamos a reir.

—¿Pero en dónde vive usted? Ya lo he olvidado.

—En casa de Baramiskov, cerca del puente.

—¡Ah! ya sé, una hermosa casa. Bueno, pues despídase de ella y venga en seguida a nuestra casa.

—Mañana mismo, Nasteuka; debo algo de alquiler, pero no importa, pronto tendré el dinero.

—Yo, ¿sabe usted? daré lecciones; primero aprenderé y después daré lecciones.

—Perfectamente; yo pronto recibiré una gratificación.

En fín, mañana será usted nuestro inquilino.

—Sí, e iremos también a ver *El Barbero de Sevilla*; pronto van a darlo.

—¡Oh! — murmuró Nasteuka— más bien otra cosa.

—Como usted quiera; no había pensado.

Siempre hablando, seguíamos andando sin saber adónde íbamos, deteniéndonos, volviendo a andar, vueltos graves después de haber reído y llorado, para ir, Dios sabe dónde, a reir y a llorar otra vez. Nasteuka quiso retirarse; no la retuve, y un cuarto de hora después nos encontramos sentados en nuestro banco. Mi amada suspiró; volví a ser tímido. . . hasta que su mano vino

a buscar la mía, y entonces nos pusimos a charlar de nuevo.

—Ya es hora de volver, ya es muy tarde —dijo por fin Nasteuka—, ya hemos hecho bastantes chiquilladas.

—¡No pienso dormir nada esta noche, Nasteuka! Además no iré a mi casa.

—Yo tampoco dormiré nada; acompáñeme. Pero vayámonos esta vez, de verdad.

—Absolutamente.

—¿Palabra de honor?. . . porque no tengo más remedio que volver.

—Palabra. . . Mire al cielo, Nasteuka; mañana hará buen día. ¡El cielo está azul! ¡Qué luna! ¡Ah! ¡una nube! ¡Bueno! ¡ya pasó!

Nasteuka no miraba las nubes; ya no hablaba; sentía su mano temblar en la mía y, en ese momento, un hombre joven pasó cerca de nosotros; se detuvo, nos miró fijamente y dió de nuevo algunos pasos.

—Nasteuka —dije a media voz—, ¿quién es ése?

—Es él —respondió ella en voz muy baja y apretándose más contra mí.

Un estremecimiento recorrió todo mi cuerpo y me flaquearon las piernas.

—¡Nasteuka! —dijo una voz detrás de nosotros—, ¡Nasteuka!

¡Dios! ¡qué grito!, ¡cómo se separó ella

de mí y voló a su encuentro! ¡Quedé galvanizado! Pero apenas lo hubo estrechado entre sus brazos volvió hacia mí, enlazó mi cuello con las dos manos y me besó violentamente; después, sin decir una sola palabra, me abandonó de nuevo, cogió al otro por una mano y se marchó con él.

No los vi alejarse.

LA MAÑANA

El día no estaba bueno. Las gotas de agua hacían un ruido triste sobre mis cristales; oscuridad en mi cuarto, oscuridad fuera. La cabeza me daba vueltas, tenía fiebre.

—Una carta para ti, padrecito; la ha traído el postillón —me dijo Matrena.

—¿De quién? —pregunté sin saber lo que decía.

—¿Cómo voy a saberlo, padrecito? Léela tú.

Rompí el sobre.

"¡Oh!, perdóneme. Le suplico de rodillas que me perdone; no quería engañarle, y le he engañado. ¡Perdón! Sin embargo, no he cambiado para usted; yo le amaba, le amo aún; ¿por qué no habría sido usted él?

"¡Oh, si él fuera usted!

"Dios ve todo lo que yo quería hacer por

usted; ha sufrido usted mucho, le he hecho sufrir mucho; pero la ofensa se olvidará, y le quedará la dulzura de amarme. Le doy las gracias, sí, le doy las gracias por su amor. Está grabado en mi espíritu como un hermoso sueño que aún al despertar se recuerda mucho tiempo; nunca olvidaré el instante en que tan generosamente me ofreció usted su corazón a cambio del mío herido. Si me perdona, tendré para usted un agradecimiento casi amoroso al cual seré fiel. No traicionaré su corazón, y volveremos a vernos; vendrá usted a nuestra casa; será usted nuestro mejor amigo. Me amará usted como antes. Me caso la semana que viene; iré con él a visitarlo a usted. ¿Le querrá usted, verdad? Perdón otra vez. Gracias otra vez. Quiera siempre a su Nasteuka."

No se cuánto tiempo estuve releyendo la carta; por fin se me cayó de las manos y me tapé el rostro.

—Padrecito —dijo Matrena.

—¿Qué, vieja?

—He quitado todas las telarañas, todas; si ahora quieres casarte, la casa está limpia.

Miré a Matrena. Era una anciana aún bastante bien conservada, más bien joven; ¿por qué, pues, su mirada me parecía tan apagada, su rostro tan arrugado, sus hombros tan encorvados, toda ella tan decrépita? ¿Y por qué me parecía que la habitación había envejecido como la anciana? Las paredes y el suelo estaban fríos, y en el techo, ¡más telarañas que nunca! Todo era oscuro... Sí, tenía delante de mí la perspectiva de mi porvenir triste, triste, ¡oh!, triste. Aquel día me vi, tal como me veo hoy quince años después, en la misma habitación, con la misma Matrena, que no tiene más imaginación que antes.

Y no he vuelto a ver a Nasteuka. ¿Entristecer con mi presencia su felicidad, ser un reproche, marchitar las flores que se puso en los cabellos para ir al altar? ¡Jamás, jamás! ¡Que tu cielo sea sereno, que tu sonrisa sea clara! Yo te bendigo por el instante de alegría que diste al transeunte melancólico, extraño, solitario. . .

¡Dios mío!, ¿un instante de felicidad, no es suficiente para toda una vida?

FIN DE "LAS NOCHES BLANCAS"